



Capítulo 507: Dragón en el infierno

La sangre goteaba de la boca de Stella, caliente y amarga, en contraste con el frío brutal que el Dragón Azul extendía por el aire. Sus alas de viento revoloteaban, frágiles, casi desmoronándose bajo el peso de su propio agotamiento. Aun así, sus ojos ardían, inflamados por una fuerza que ella misma no entendía.

El rugido del dragón volvió a dividir el cielo. Era un sonido antiguo y profundo, como si llevara el peso de eones enteros. Las nubes carmesí se disolvieron y condensaron nuevamente con el mero eco de la criatura.

"Maldita sea... todavía está en una sola pieza...", pensó Stella, apenas capaz de mantenerse a flote. Sus dedos temblaban, su respiración se sentía como fuego en sus pulmones. Pero ella no pudo retirarse. Ahora no.

El Dragón Azul levantó sus alas una vez más. El movimiento por sí solo generó un vendaval tan intenso que arrancó trozos enteros de las formaciones rocosas flotantes del infierno. Enormes fragmentos de piedra fueron arrancados del suelo y arrojados al cielo, como si el mundo estuviera siendo desmantelado por la mera presencia de ese ser.

Stella apretó los puños y el aire a su alrededor respondió. Cada pedacito de viento que le quedaba, cada respiración que podía controlar, fue llamada de regreso, formando una espiral caótica. Levantó los brazos y gritó, obligando al torbellino a condensarse en una colosal brizna de viento puro.

La espada descendió como el corte de un dios.

El Dragón Azul lo interceptó con un ala. El impacto fue ensordecedor. Chispas azules se esparcieron por el cielo, mezclándose con el rojo del infierno. El shock creó una fisura en el aire, como si la realidad misma se hubiera hecho





añicos. La espada agrietó las escamas del dragón, arrancando fragmentos luminosos que cayeron como meteoritos en llamas, pero no fue suficiente para detener a la bestia.

El monstruo avanzó, su colosal cabeza atravesó el muro de vientos. Sus ojos oceánicos se fijaron en Stella y sus mandíbulas se abrieron nuevamente. Un núcleo azul, más brillante que cualquier fuego del infierno, condensado entre sus colmillos.

"Otra vez no..." Stella apretó los dientes.

Cruzó los brazos y retorció el cuerpo, invocando decenas de barreras sucesivamente. Cada capa de viento formaba un escudo ciclónico, que giraba como paredes transparentes.

Se liberó el aliento.

La explosión azul chocó contra la primera barrera y la destrozó como un cristal. El segundo resistió un latido del corazón antes de ser tragado. El tercero resistió el impacto por un momento más, pero también sucumbió. Una tras otra, las paredes se hicieron añicos, hasta que Stella respiró profundamente en el pecho.

Su cuerpo fue lanzado como un proyectil, perforando las nubes negras, descendiendo como una estrella fugaz teñida de rojo. El aire a su alrededor ardía de frío. Cada nervio gritaba de dolor.

Logró detener su caída apenas unos metros antes de chocar contra una plataforma rocosa suspendida. Sus alas de viento se expandieron, atravesando la atmósfera, y la atraparon en el último segundo. Jadeando, cayó de rodillas sobre la superficie inestable.





El dragón se zambulló tras ella.

La sombra de la criatura cubría toda la longitud de la roca. Su garra descendió, aplastando el suelo con una fuerza tan colosal que toda la isla flotante se partió en dos. Fragmentos cayeron al abismo infernal y Stella fue arrojada hacia el cielo una vez más.

Giró en el aire, con sangre corriendo por su rostro, y rugió:

"¿TENDRÁS QUE MATARME PARA QUE ME DETENGA!"

Los vientos respondieron a su desesperación. Aparecieron espadas en formación, cientos de ellas, pero esta vez cayeron en espiral. Un tornado de cortes invisibles se abalanzó sobre el dragón.

Las cuchillas chocaron contra sus escamas. Las grietas se extendieron y se hicieron cada vez más visibles. El dragón rugió de furia, el sonido tan poderoso que la espiral casi se rompió. Aun así, Stella introdujo más energía, más sangre, más dolor. Cada latido de su corazón se convertía en viento.

Finalmente, el ataque explotó en una brutal hendidura en el pecho del monstruo. Se arrancaron escamas, dejando al descubierto carne azul debajo.

"¡LO HICE!" Ella gritó, incluso mientras le salía sangre de la boca y la nariz.

Pero la victoria duró sólo un segundo.

El Dragón Azul giró por el aire a una velocidad imposible para su tamaño y su cola bajó. El impacto fue devastador. Stella recibió un golpe lateral y su





cuerpo se puso en espiral, con los huesos crujiendo y los músculos desgarrándose.

Apenas logró invocar una corriente de aire para estabilizar su caída. Estaba al borde de la inconsciencia.

El dragón, enfurecido, extendió sus alas y se elevó hacia el cielo. Todo su cuerpo brillaba azul, como una estrella lista para explotar. El cielo infernal tembló y las nubes fueron ahuyentadas por el resplandor anómalo.

Los ojos de Stella se abrieron.

"Esto... esto me va a borrar de la existencia..."

Reunió todo lo que le quedaba. El viento a su alrededor se condensó, ya no en palas, sino en un escudo absoluto, una esfera comprimida, cada capa girando en direcciones opuestas.



El Dragón Azul rugió y descendió, desatando un torrente de energía que parecía interminable.

El impacto fue apocalíptico.

El escudo de Stella vibró, gimió y comenzó a agrietarse. Cada fisura era una sentencia de muerte. Su mente gritó, su cuerpo se hizo añicos, pero ella no se rindió.

"Virgilio... Roxanne... dame fuerza..."



La barrera estaba a punto de ceder. El aliento azul se la tragó entera. Su piel ardía, sus huesos ardían.

Y entonces... algo atravesó el cielo.

Un destello rojo atravesó el espacio sobre ella, rápido como un meteorito. El impacto desvió parte del torrente azul, haciendo que la explosión se dispersara por el horizonte. Todo el infierno se iluminó con el choque de las dos fuerzas.

Stella, jadeando, apenas consciente, levantó la vista.

Allí, bailando en llamas carmesí, había una nueva figura. El fuego era tan intenso que distorsionaba la realidad que lo rodeaba, como si el infierno mismo se hubiera inclinado ante él.

Era un fénix. Un pájaro colosal de llamas carmesí, sus alas se extienden como la salida de un sol sangriento.



Y delante de ella, flotando con su lanza en la mano, estaba Zafiro.

El corazón de Stella se detuvo por un momento. La imagen era casi irreal. Zafiro giraba por el aire, con su arma envuelta en fuego rojo, chocando con la legendaria criatura en un choque que parecía imposible.

El Fénix rugió en llamas. Zafiro respondió con un grito de guerra y las dos fuerzas chocaron, generando olas de fuego y luz que atravesaron los cielos del infierno.

Stella, todavía jadeando, con el cuerpo hecho jirones, sólo podía susurrar:



"Esto... no puede ser real..."

El Dragón Azul rugió detrás de ella, todavía furioso, mientras ante ella comenzaba una batalla titánica entre fuego y llamas vivas.

El cielo infernal, que una vez fue una prisión de rojo y negro, ahora ardía de azul y carmesí.

